

## PALESTINA: EL FIN DE LA HEGEMONÍA DE FATAH

---

José Abu-Tarbush  
Universidad de La Laguna

El triunfo de Hamás en las elecciones legislativas palestinas, celebradas el 25 de enero de 2006, ha supuesto el fin de la histórica hegemonía ejercida por Fatah en el paisaje político palestino. Desde que en 1969 accediera al control de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), Fatah ha dominado su importante estructura política y burocrática: el Consejo Nacional Palestino (CNP) o Parlamento en el exilio, el Consejo Central, el Comité Ejecutivo, las misiones diplomáticas y de información en el exterior; además de sus otrora ingentes recursos económicos. A su vez, tras los Acuerdos de Oslo alcanzados entre la OLP e Israel en 1993, Fatah ha dominado también las nuevas instituciones políticas y administrativas derivadas de los mismos: la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y el Consejo Legislativo Palestino (CLP), fruto de la mayoría obtenida diez años atrás, enero de 1996, en los comicios generales. De ahí que el éxito de Hamás señala un importante punto de inflexión en la más reciente historia política palestina. Ahora bien, ¿debe ser interpretado como un triunfo del islamismo sobre el nacionalismo? ¿Ha elegido la sociedad palestina primar y anteponer su identidad islámica a la nacional? Para responder a éstas y otras preguntas, se propone realizar un recorrido histórico por las condiciones en las que emergió el movimiento nacionalista palestino; su posterior reconstrucción; su evolución estratégica; y sus históricas opciones que han rivalizado (y rivalizan) por obtener el respaldo mayoritario de la sociedad palestina.

### 1. Emergencia nacionalista y orígenes del conflicto

A semejanza de los otros movimientos nacionalistas emergentes en las provincias árabes del Imperio otomano en Oriente Próximo, el árabe-

palestino debe su impronta a la efervescencia nacionalista registrada en sus dominios territoriales, que comenzó su recorrido por las provincias europeas hasta desembocar finalmente en las árabes entre mediados del siglo XIX y comienzos del XX. La recepción de las ideas nacionalistas procedentes de Europa tomó algún tiempo. Su traducción sobre el terreno fue gradual. En el caso palestino registró cuatro fases: la otomanista (1856-1918), que defendía la unidad imperial frente a la penetración europea; la arabista (1908-1914), que añadía a la anterior la reivindicación de la autonomía árabe dentro del marco imperial otomano; la del nacionalismo panárabe (1914-1920), que exigía su independencia, al mismo tiempo que registraba una trascendental controversia ideológica entre el nacionalismo panárabe y los nacionalismos locales; y, por último, la del nacionalismo palestino (1918-1920), que resolvió la mencionada controversia en favor del nacionalismo local al igual que el resto de los otros movimientos nacionalistas árabes<sup>1</sup>.

En contra de la tesis oficial israelí de que el movimiento nacional palestino debe prácticamente su existencia a la proyección y, luego, presencia del sionismo en Palestina<sup>2</sup>, cabe contraponer el mencionado proceso histórico de toma de conciencia nacional y construcción del movimiento nacionalista árabe-palestino<sup>3</sup>. Incluso admitiendo la citada hipótesis, de que el nacionalismo palestino en sus orígenes fue meramente reactivo, merece la pena interrogarse si esta definición resta alguna fuerza moral o política a su propia constitución e ideario. Existieron situaciones similares en otras partes del mundo colonial en las que la propia colonización actuó como un revulsivo de la conciencia nacional, dando lugar a una de las paradojas más llamativas en la historia de las relaciones internacionales: que la rebelión contra Occidente de las élites indígenas anticoloniales contribuyó paradójicamente a la extensión del modelo de organización política de base territorial, el Estado-nación, surgido en Occidente<sup>4</sup>.

Ahora bien, esto no niega que la reivindicación judeo-sionista sobre Palestina propiciara un foco de atención en el que su sociedad árabe-palestina centró crecientemente su conciencia nacional, toda vez que percibía su existencia material, política e identitaria amenazada en su propio

---

<sup>1</sup> Muhammad Y. Muslih, *The Origins of Palestinian Nationalism*, Columbia University Press, New York, 1988.

<sup>2</sup> Tesis sostenida, entre otros historiadores israelíes, por Yehoshua Porath, *The Emergence of the Palestinian-Arab National Movement, 1918-1929*, Frank Cass, London, 1974.

<sup>3</sup> Véase Rashid Khalidi, *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness*, Columbia University Press, New York, 1997.

<sup>4</sup> Véase James Mayall, *Nationalism and international society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

suelo patrio. Este proceso distinguió al emergente movimiento nacionalista palestino de sus coetáneos árabes, pues si bien éstos centraron sus esfuerzos en obtener la independencia de sus respectivas potencias mandatarias, el nacionalismo palestino tuvo que desdoblar sus energías para contener tanto la avalancha inmigratoria que, con fines coloniales, auspiciaba el movimiento sionista como la connivencia con dicho proyecto de la potencia mandataria, Gran Bretaña.

Pero los orígenes del conflicto no se reducen a esta coincidencia en el tiempo y, sobre todo, en el espacio de la emergencia de dos movimientos nacionalistas, el judeo-sionista y el árabe-palestino, que reivindicaban el control exclusivo del territorio del Mandato británico en Palestina con objeto de establecer su propio Estado nacional. Es obligado aludir a su dimensión internacional, en concreto, al reparto de los dominios territoriales otomanos en Oriente Próximo entre las dos grandes potencias coloniales europeas, Gran Bretaña y Francia, la I Guerra Mundial. En contra de las promesas vertidas a los árabes, de que a cambio de su alianza durante la guerra contra el Imperio otomano obtendrían su independencia al final de ésta, los acuerdos Sykes-Picot reconfiguraron geopolíticamente la zona: Siria y Líbano quedaron bajo mandato de Francia; y Palestina, Transjordania e Iraq bajo el de Gran Bretaña.

De este modo, el dominio otomano fue reemplazado por el de las potencias europeas durante el periodo de entreguerras. No obstante, la mayoría de los países árabes obtuvieron antes o después su independencia. Sin embargo, nuevamente, Palestina fue la excepción a esta regla. Londres incluyó en su Mandato la declaración Balfour de 1917 mediante la que se comprometía con los objetivos coloniales del movimiento sionista en Palestina. Obviamente, Gran Bretaña no pudo compatibilizar sus promesas contradictorias a unos y a otros, ni las demandas enfrentadas de ambos movimientos nacionalistas. Su gestión al frente del Mandato fue muy duramente criticada e incluso contestada violentamente por ambos bandos. Pero al final de su mandato el saldo arrojado fue muy positivo para el movimiento sionista, que en poco más de dos décadas incrementó su población, su espacio territorial, además de su poder político y militar. Por el contrario, tras la insurrección popular de 1936-1939, el movimiento palestino fue diezmado y su dirección política decapitada.

Sólo entonces, una vez cumplido en gran parte su compromiso con el movimiento sionista, dejando un equilibrio de poder favorable a éste, Gran Bretaña desplazó la *cuestión palestina* a la recién constituida Naciones Unidas antes de su retirada en mayo de 1948. La nueva coyuntura internacional de la posguerra terminó definitivamente favoreciendo la posición de fuerza adquirida por el sionismo en Palestina. A las grandes

potencias europeas le sucedieron las superpotencias. Estados Unidos y la Unión Soviética se pusieron de acuerdo, por razones diferentes, en un extremo: resolver la *cuestión judía* surgida en Europa, al mismo tiempo que creaban otro problema en la periferia del sistema internacional<sup>5</sup>. Sin registrar todavía la explosión demográfica fruto de la descolonización, la ONU decidió la partición de Palestina en dos Estados, uno árabe y otro judío, el 29 de noviembre de 1947. El Estado de Israel se proclamó el 14 de mayo de 1948. El Estado árabe de Palestina jamás se llegó a crear, sólo se proclamó cuatro décadas después por la OLP en el XIX CNP celebrado en Argel el 15 de noviembre de 1988.

El original conflicto entre dos movimientos nacionales durante el periodo de entreguerras dejó paso a un conflicto interestatal, el árabe-israelí, que conoció una guerra por cada una de las décadas siguientes: 1948, 1956, 1967 y 1973. Sin embargo, la de 1982, la invasión israelí al Líbano, señaló un nuevo tipo de guerra, la asimétrica<sup>6</sup>, protagonizada entre un actor estatal, Israel, y otro no estatal, la OLP. En cierta forma, fue el preámbulo de los futuros enfrentamientos entre el Ejército israelí y el conjunto de los movimientos que componen la resistencia palestina a la ocupación militar de su territorio.

## 2. La reconstrucción del movimiento nacionalista palestino

La *Nakba* (el desastre) es el término empleado por los palestinos para aludir tanto a los acontecimientos que rodearon la creación del Estado de Israel como a sus consecuencias más inmediatas: expoliación, expropiación, expulsión, ocupación, exilio, dispersión y fragmentación. La transformación de su espacio geopolítico fue inmensa: Palestina como identidad no estatal desapareció del mapa mundial. Su territorio quedó fragmentado en dos partes: una, ocupada por el nuevo Estado de Israel que se expandió más allá de los límites fijados por la ONU, desde el 55 al 78 por ciento, tras su victoria militar sobre los ejércitos árabes; y, otra, el 22 por ciento restante, dividida entre la franja de Gaza, bajo administración egipcia, y Cisjordania (con la inclusión de Jerusalén oriental), bajo anexión jordana. Su paisaje humano sufrió un destino similar, de auténtica transformación demográfica: entre unos 750.000 y 800.000 palestinos fueron forzados

<sup>5</sup> Como señalaba muy certeramente el profesor Roberto Mesa, *La lucha de liberación del pueblo palestino*, Cupsa Editorial, Madrid, 1978, p. 25.

<sup>6</sup> Sobre este nuevo tipo de guerras, véase Herfried Münkler, *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, Madrid, 2005.

—directa e indirectamente— a exiliarse tanto dentro de los territorios palestinos no ocupados por Israel como en los países árabes limítrofes (Líbano, Siria y Jordania, principalmente)<sup>7</sup>; otra bolsa significativa de población permaneció en sus hogares, ubicados dentro de las fronteras de Estado israelí<sup>8</sup>; y, finalmente, el grueso restante de la población palestina en la franja de Gaza, Cisjordania y Jerusalén oriental se vio inexorablemente afectada por los cambios producidos en la geografía política y humana de su tierra.

Con este nuevo panorama comenzó, muy lentamente, la reconstrucción del movimiento nacional palestino y, también, la de una nueva conciencia nacional. Fruto, en principio, de esfuerzos aislados e incluso individuales, que muy rápidamente se fueron coordinando y agrupando, su orientación inicial se centró entre la población autóctona y refugiada en los territorios palestinos bajo tutela árabe y entre las principales bolsas de población dispersas en la diáspora. En esta tarea, dos fueron los grupos sociales más significativos: los refugiados y los jóvenes universitarios. Los primeros reconstruyeron de forma espontánea, sin proponérselo, las señas de identidad palestina al aplicar toda una serie de estrategias de supervivencia material y de solidaridad comunitaria ensayadas a lo largo de su pasado campesino. Su propia agrupación física en los campos de refugiados, reconstruyendo a pequeña escala la aldea dejada atrás, en Palestina, unido a sus relaciones sociales, de parentesco, tribales y familiares, contribuyeron muy decisivamente al mantenimiento y recreación de su identidad colectiva<sup>9</sup>. Si bien este grupo social de refugiados, de origen mayoritariamente campesino, arropado por todo un elenco de normas y valores imprescindibles para la recreación de una identidad colectiva, actuó desde la acción expresiva, por su parte, los jóvenes universitarios actuaron desde una lógica racional o utilitaria, con el desarrollo de toda una estrategia política destinada a recrear dicha identidad y a reconstruir su movimiento nacional<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Véase el trabajo colectivo coordinado por Farouk Mardam-Bey y Elias Sanbar (coords.), *El derecho al retorno: el problema de los refugiados palestinos*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2004.

<sup>8</sup> Sobre los que serían conocidos como los árabes-israelíes o los palestinos del 48, véase la tesis doctoral de Isaías Barreñada Bajo, *Identidad nacional y ciudadanía en el conflicto israelí-palestino. Los palestinos con ciudadanía israelí, parte del conflicto y excluidos de proceso de paz*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2004.

<sup>9</sup> Véase el trabajo pionero de Rosemary Sayigh, *Palestinians: from peasants to revolutionaries*, Zed Books, London, 1979.

<sup>10</sup> Véase José Abu-Tarbush, *La cuestión palestina: identidad nacional y acción colectiva*, Eurolex, Madrid, 1997.

Estos jóvenes universitarios procedían, en buena parte, de la franja intermedia de su sociedad, ya fuera de sus estratos más altos o más bajos. Su principal extracción social eran las clases medias radicalizadas por su reciente tragedia nacional y, cómo no, por la pérdida de su estatus social y económico o bien por la inminente amenaza de perderlo. Su condición de jóvenes y universitarios les situaba en la vanguardia intelectual y política de su sociedad. Gozaban de mayor disponibilidad de tiempo para la reflexión y la acción; de energías o fuerzas para movilizar e ilusionar a otros jóvenes de su misma condición e incluso intentar ganarse a otros sectores sociales; y, finalmente, de recursos cognitivos (estudios) y comunicativos (dominio de lenguas occidentales, inglés principalmente) para analizar más concienzudamente su situación nacional, esbozar algunas alternativas estratégicas y acceder a otras fuentes de pensamiento político más allá de su entorno árabe. De lo único que carecían era de una organización política sólida y de un marco ideológico de referencia, pero estas carencias fueron subsanadas con el desarrollo de su movimiento y actividad estudiantil. No por casualidad las primeras organizaciones políticas palestinas surgieron entre los círculos universitarios palestinos de El Cairo y Beirut, a los que se fueron paulatinamente sumando otros individuos y agrupaciones estudiantiles en el mundo árabe e incluso en Europa<sup>11</sup>.

Esta nueva cohorte generacional en la revisión de su historia política se mostró muy decepcionada con la desaparecida dirección nacional del periodo de entreguerras. Era catalogada como corresponsable de su tragedia, debido a su arraigado caciquismo, clientelismo y personalismo que, a su vez, contribuyó a la fragmentación social, la división política y, en conjunto, a la debilidad del movimiento nacional<sup>12</sup>. Decepción que, por razones diferentes, hacían igualmente extensible a los dirigentes árabes, al tiempo que sumaban su desconfianza. La sociedad internacional era objeto de semejante parecer. En definitiva, su sensación de soledad y abandono era palpable. Sin embargo, no tuvo una lectura meramente negativa en el ánimo de estos jóvenes, que les sumiera en la depresión colectiva y en la más absoluta —al igual que cómoda— pasividad e inacción. Por el contrario, fue un revulsivo para renovar su conciencia de que los palestinos sólo podían confiar en sí mismos. Sus fuertes sentimientos naciona-

<sup>11</sup> Sobre este proceso de construcción social e institucional de la OLP, véase Helena Cobban, *La Organización para la Liberación de Palestina. Pueblo, poder y política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982; y Laurie A. Brand, *Palestinians in the Arab World: Institution Building and the Search for State*, Columbia University Press, New York, 1988.

<sup>12</sup> Sobre este periodo véase Issa Khalaf, *Politics in Palestine: Arab Factionalism and Social Disintegration, 1939-1948*, State University of New York Press, New York, 1991.

listas eran propios de su situación individual y colectiva, pero también del trasfondo político e ideológico de su entorno árabe y de su tiempo.

Su época fue la de la Guerra Fría, que dominó la política mundial durante algo más de cuatro décadas. El mundo árabe no escapó a su dinámica e influencia, al mismo tiempo que reprodujo su propia guerra fría<sup>13</sup>, fruto de la tensión entre las monarquías más conservadoras y las repúblicas nacionalistas de talante progresista o socializante. Las primeras organizaciones palestinas comenzaron a vislumbrarse a caballo entre la década de los cincuenta y sesenta, una de las fases más duras de la tensión bipolar: construcción del muro de Berlín (1961) y crisis de los misiles en Cuba (1962). En Oriente Medio se registraron asimismo otros episodios en la misma sintonía: Pacto de Bagdad (1955), guerra de Suez (1956), insurrección libanesa (1958), fusión entre Siria y Egipto mediante la formación de la República Árabe Unida (1958-1961), derrocamiento de la monarquía de Faisal II en Irak y reemplazo por una república nacionalista (1958), y golpes militares en Bagdad y Damasco que llevaron al poder al partido *Baaz* (1963).

A su vez, todos estos acontecimientos fueron precedidos por la emergencia del Tercer Mundo en la escena internacional con la celebración de la conferencia de Bandung (1955), reflejo de la independencia alcanzada por importantes países asiáticos<sup>14</sup>. Su agenda se centró en la descolonización, con una clara apuesta por los movimientos de liberación nacional en el mundo colonizado; y el no alineamiento, con la intención de sortear la división bipolar del mundo y verse lo menos afectada posible por ésta. En el primer punto alcanzaron mayor consenso y éxito que en el segundo, al fin y al cabo, bien porque no quisieran (sus tendencias comunistas y capitalistas), o bien porque no pudieran (sus tendencias neutralistas), lo cierto fue que no lograron rebasar la ruptura del mundo entre el Este y el Oeste, pese a que una de sus principales preocupaciones era la escisión mundial entre el Norte y el Sur.

Éste era el ámbito político e ideológico reinante en buena parte de la periferia del sistema internacional de la posguerra, con un claro predominio del tercermundismo y del izquierdismo. El mundo árabe no fue precisamente una excepción a estas tendencias. Su mejor traducción en la zona fue expresada por el panarabismo, de tintes socializantes, liderado por uno

<sup>13</sup> Véase Malcom Kerr, *The Arab Cold War: Gamal Abdel Nasser and his Rivals, 1958-70*, Oxford University Press, London, 1965; y Yezid Sayigh & Avi Shlaim (eds.), *The Cold War and the Middle East*, Clarendon Press, Oxford, 1997.

<sup>14</sup> Véase Roberto Mesa, «La conferencia de Bandung», *Cuadernos del Mundo Actual*. Historia 16, Madrid, 1993.

de los padres fundadores del tercermundismo, Gamal Abdel Naser. La importancia de Egipto, como epicentro del subsistema internacional árabe, coadyuvó a que tanto la figura de Naser como sus proclamas panarabistas irradiaran desde el centro de dicho subsistema hacia su periferia. Al igual que otras sociedades de su entorno, la palestina tampoco escapó a su indiscutible influencia, sobre todo tras el periodo de desolación que siguió a la *Nakba* en 1948. Entonces la resolución de la *cuestión palestina* descansaba en las esperanzas depositadas en los regímenes árabes y en su controversia interestatal con Israel.

No obstante, algunos de los primeros núcleos de la resistencia palestina eran incluso anteriores o paralelos a la propia emergencia del nasserismo. Su origen político e ideológico remitía a esta dinámica mundial, traducida a las peculiaridades de la región, en donde la influencia política de Naser fue innegable. De hecho, el Movimiento Nacionalista Árabe (MNA), de donde surgió luego una de las principales organizaciones de la izquierda palestina, en concreto, el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), tuvo su comienzo en esta tendencia tercermundista e izquierdista, que iría evolucionando desde el nacionalismo panarabista al marxismo<sup>15</sup>. A su vez, de una escisión «izquierdista» del FPLP en 1969 nació la otra organización de obediencia marxista, el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP)<sup>16</sup>. Ambos Frentes, el Popular (FPLP) y el Democrático (FDLP), constituyeron la tradicional oposición de izquierdas en el seno de la OLP. Obviamente, no fueron la única oposición con la que tuvo que lidiar su grupo mayoritario, Fatah, pero sí la más representativa social y políticamente. Sin embargo, otras organizaciones presentaron unos perfiles políticos e ideológicos mucho más difusos. En realidad, se trataban de grupúsculos, sin ningún tipo de base ni representación social significativa. Eran fruto de escisiones registradas en los grupos mayoritarios o bien de la injerencia y proyección de algunos regímenes árabes en la OLP<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Véase Walid Kazziha, *Revolutionary Transformation in the Arab World: Habash and his Comrades from Nationalism to Marxism*, Charles Knight, London, 1975.

<sup>16</sup> Originalmente se denominó como Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina (FDPLP), pero en 1974 adoptó su actual denominación como FDLP.

<sup>17</sup> Entre el elenco de organizaciones palestinas de corte minoritario o minúsculo, cabe destacar las siguientes: *al-Saiqa* (El rayo), baazista y de obediencia siria; el Frente Popular para la Liberación de Palestina – Mando General (FPLP-MG), pro sirio; el Frente de Liberación Árabe (FLA), igualmente baazista y pro iraquí; y el Frente de Lucha Popular Palestino (FLPP).



### 3. La controversia política e ideológica entre nacionalistas e izquierdistas

Aunque desde el periodo de entreguerras no existía un movimiento nacionalista palestino, puede afirmarse que, a mediados de los sesenta, su reconstrucción había dejado de ser un proyecto para transformarse en una realidad<sup>18</sup>. Desde entonces Fatah fue su grupo principal. Sus siglas, invertidas en árabe, responden a la denominación de Movimiento de Liberación Nacional Palestino. Su popularidad fue inversamente proporcional al descrédito sufrido por los Estados árabes, dado el revés que supuso para el proyecto panarabista la separación entre Siria y Egipto en 1961 y, en particular, la derrota militar frente a Israel en junio de 1967. Su heroica resistencia frente al ejército israelí durante la batalla de al-Karameh, en 1968<sup>19</sup>, le granjeó también una notable popularidad en el seno de la sociedad palestina y, por extensión, en las sociedades árabes de su entorno.

Ante esta nueva coyuntura, Fatah estaba en condiciones de hacerse con el control de la OLP, organización que había sido creada por los Estados árabes durante su primera Cumbre, en 1964, bajo el fuerte predominio político de Naser. Entonces la OLP no era más que un mero aparato burocrático sin ninguna base social. De hecho, los grupos emergentes de la resistencia o guerrilla palestina, como Fatah o el FPLP, no estaban integrados en su seno. Sin embargo, el panorama político regional había cambiado tras la derrota de 1967: los Estados árabes no estaban en las mejores condiciones para marcar las pautas de la nueva estrategia de liberación. De manera que, en este ambiente de repliegue de los Estados árabes (Egipto era el de mayor influencia sobre la OLP), Fatah ganó la mayoría en el V CNP celebrado en 1969, un año antes la misma OLP había otorgado la mitad de los escaños del CNP a los grupos guerrilleros<sup>20</sup>.

El acceso al control de la OLP no lo realizó Fatah en solitario, pese a que pudo obtener igualmente la mayoría sin hacerse acompañar por otros grupos que, hasta 1968, y al igual que Fatah, estaban fuera del marco ins-

<sup>18</sup> Sobre la reconstrucción del movimiento nacional palestino a caballo de su lucha armada, véase el trabajo considerado más completo y definitivo de Yezid Sayigh, *Armed Struggle and the Search for State: The Palestinian National Movement, 1949-1993*, Oxford University Press, Oxford, 1997.

<sup>19</sup> Unos 300 guerrilleros palestinos (*fedayines*) habían logrado causar bajas e incluso frenar a una unidad de las mismas fuerzas armadas que apenas un año atrás habían vencido a varios ejércitos árabes juntos.

<sup>20</sup> Véase Muhammad Muslih, *Toward Coexistence: An Analysis of the Resolutions of the Palestine National Council*, The Institute for Palestine Studies, Washington, D.C., 1990.

titucional de la OLP. Sin embargo, Fatah emprendió esta empresa en compañía de otras organizaciones, pues quería ver a «la OLP como un frente amplio de todas las agrupaciones palestinas»<sup>21</sup>. Esta pauta sería una de las máximas de su comportamiento político, empeñado en lograr el mayor consenso posible en torno a la agenda nacional, dando cabida a la presencia y representación de otros grupos palestinos por muy minoritarios que fueran, sin perder por ello o poner en riesgo su mayoría. Incluso en momentos muy críticos, de seria división interna, Fatah ha reservado algunos puestos vacantes en el comité central de la OLP a sus opositores de izquierda (por ejemplo, al FPLP y al FDLP en el XVII CNP celebrado en Ammán en 1984).

Esta pauta de comportamiento sería incomprensible si no se tomara en cuenta una de sus principales máximas políticas, de Palestina primero. A diferencia del FPLP, de orígenes panarabistas, Fatah invirtió uno de los aforismos panárabes más comunes de la época, que «la unidad árabe era el camino para la liberación de Palestina» por el de «la liberación de Palestina era el camino hacia la unidad árabe». De ahí que para Fatah la principal contradicción residía entre el hecho colonial israelí y la demanda de liberación palestina. Cualquier otra contradicción era secundaria, en particular, la que potencialmente pudiera existir entre la resistencia palestina y los regímenes árabes. Por tanto, todo lo que le apartara de su objetivo principal, la liberación de Palestina, debía de ser atenuado o dejado de lado. De ahí que, nuevamente, en contraste con el FPLP, Fatah defendía la no injerencia en los asuntos internos árabes. Sin duda, era una forma de no embrollar más su ya de por sí complicada agenda, pero también de mantener la decisión nacional palestina independiente, además de ahorrar costes en enfrentamientos que sólo la desviarían y debilitarían en la consecución de su principal objetivo.

Por su parte, para el FPLP, con un fuerte ascendiente panarabista, el camino para la liberación de Palestina no estaba dissociado de la revolución en el mundo árabe. Es más, consideraba que antes de llegar a Jerusalén había que pasar por las capitales árabes, incluso por aquellas en las que se asentaban los gobiernos más amistosos, aliados y progresistas. De ahí se derivaba su mayor propensión a injerirse en los asuntos internos de los Estados árabes. Semejante posición no era tanto fruto de una política deliberadamente provocadora como de una concepción dialéctica de la propia política, en la que los espacios internos y externos se difuminaban para reaparecer como un todo interrelacionado. Desde esta perspec-

---

<sup>21</sup> Helena Cobban: *op. cit.*, pp. 103-104.

tiva, consideraba que los ejércitos clásicos árabes serían incapaces de liberar Palestina, y sólo la lucha popular armada podía cumplir semejante objetivo. En consecuencia, la liberación de Palestina implicaba una transformación previa de los Estados y sociedades árabes. Se trataba de un proceso revolucionario de ámbito internacional que implicaba al mundo árabe aglutinado, en este caso, en torno a la *cuestión palestina*. Quizá la mejor expresión que recoge su ideario político sea la realizada por del literato libanés Rashid Daif: «En aquel tiempo en «contra» era el futuro, y a «favor», el pasado; entonces la liberación de Palestina y el socialismo, la alianza con la Unión Soviética, con los movimientos de liberación en el Tercer Mundo y con las fuerzas progresistas en los países capitalistas, y la no existencia de Dios compartían una misma trinchera, mientras que la trinchera de enfrente la compartían objetivamente Israel, el imperialismo, los gobiernos árabes y Dios»<sup>22</sup>.

Efectivamente, la lucha en favor de la liberación de Palestina y en contra del imperialismo, el sionismo, la reacción mundial y árabe era considerada parte de un mismo combate, así rezaba también un viejo eslogan del propio Fatah. Se podría incluso afirmar que, hasta cierto punto, sobre todo en situaciones muy críticas, las proclamas de los nacionalistas de Fatah y de los izquierdistas del FPLP y del FDLP eran conciliables. Su principal problema era cómo se traducían esas máximas a la *praxis* política. Básicamente, su línea de separación venía demarcada por la existente entre la ética de los principios y la de las responsabilidades<sup>23</sup>. Mientras la primera tiende a atrincherarse en sus preceptos, sin contemplar del todo las consecuencias de mantener inalterable sus fundamentos políticos, la segunda suele sopesar más sus posibles efectos, sobre todo los no deseados e incluso contrarios a los buscados. De ahí que muestre una mayor tendencia a la flexibilidad y a la adaptación de su programa a las circunstancias. No es necesario abundar en que el equilibrio entre ambas pautas éticas no siempre se consigue ni, si fuera el caso, satisface a todos. Las críticas entre sus partidarios son mutuas. Los primeros acusan a los segundos de pragmáticos, de abandonar los principios en el altar las contingencias y, a la inversa, los segundos tildan a los primeros de rigoristas o puristas, de aferrarse a la teoría sin atender a la —siempre cambiante— realidad.

<sup>22</sup> Rashid Daif, *Estimado Señor Kawabata*, Ediciones de Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 1998, p. 158.

<sup>23</sup> Denominación y delimitación acuñada por un clásico de la sociología, véase Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1967.

En esta tesis, la diferencia sustancial entre Fatah y los Frentes (Popular y Democrático) residió en la adopción o no de una ideología universal, aplicable y aplicada a la cuestión nacional palestina. A partir de aquí se puede comprender mucho mejor las dos lecturas que sobre esta misma situación hicieron nacionalistas e izquierdistas. Fatah presentó una mayor heterogeneidad política e ideológica, y desechó, por tanto, la adopción de una ideología universalista que maniatara su margen de maniobra en la consecución de su objetivo estratégico. En su lugar, adoptó un programa nacionalista, de factura generalista e interclasista y, en ocasiones, populista. A diferencia del FPLP y del FDLP, no participaba de la lectura de clases en la etapa de liberación nacional, consideraba que todos los estratos sociales habían perdido su marco territorial, identitario y nacional (Palestina); y, por consiguiente, desde su punto de vista, era inadmisibles aplicar la lucha de clases a la realidad de un campo de refugiados. Su mayor pluralidad ideológica respondió, primero, a los diferentes bagajes o sensibilidades de sus miembros, que reunía en su propio seno organizativo a nacionalistas, liberales, conservadores, tercermundistas, izquierdistas e incluso islamistas; y, muy particularmente, segundo, a su fuerte vocación de transformarse en un frente amplio, de base nacionalista y popular, con cabida para todas las tendencias políticas e ideológicas siempre y cuando asumieran como denominador común el compromiso nacional de liberar Palestina.

Por el contrario, el FPLP y el FDLP adoptaron una ideología universal, el marxismo-leninismo, que aplicaron a la situación palestina. Obviamente, participaban del mismo nacionalismo palestino que Fatah, pero sin tanta vaguedad o ambigüedad ideológica. Dicho de otro modo, al nacionalismo sumaron el marxismo. Su propia lectura de la tragedia palestina era muy crítica con la dirección del movimiento nacional palestino del periodo de entreguerras al igual que Fatah, pero a diferencia de éste, su interpretación de dichos acontecimientos se realizaba en términos de «clase». Esta lectura fue igualmente extensible a la etapa de liberación nacional, en la que se enfatizaba la alianza entre la clase obrera y los campesinos (asalariados o jornaleros). También se reconocía el papel de la pequeña burguesía en esta fase, aunque se recelaba de su dirección política del movimiento nacional por su histórica tendencia a pactar y a capitular en favor de sus particulares intereses de clase. Pero el plato fuerte de su agenda política era que el proceso de liberación nacional corría en paralelo e ineludiblemente a la revolución social. A diferencia de Fatah, que evitaba definir el futuro político de una Palestina liberada, más allá de algunas formulaciones genéricas como la de un Estado «democrático y laico», los Frentes abogaban abiertamente por un Estado socialista, registrando lige-

ras variaciones entre uno y otro, y entre una época y otra, respecto a qué modelo exacto de «socialismo real» se referían.

Otra de las características más distintivas entre los nacionalistas y los izquierdistas residía en las diferentes bases sociales en las que se asentaban. Por su discurso fuertemente nacionalista, generalista, interclásista y populista, Fatah gozó de una amplia base social de apoyo, que recorría prácticamente todas las clases existentes en la sociedad palestina tanto de la diáspora como del interior: desde los desclasados refugiados hasta la alta burguesía. Por su parte, los Frentes, aunque aspiraban a tener un respaldo social igualmente mayoritario, sobre todo entre los sectores menos privilegiados (refugiados, obreros y campesinos), no lograron despegar más allá de algunos círculos socialmente significativos (estudiantes, profesionales liberales e intelectuales), pero sin el carácter masivo al que aspiraban. Paradójicamente, pese a sus recelos teóricos hacia la pequeña burguesía, fue entre los miembros de ésta donde encontraron un mayor eco social que entre las clases trabajadoras y los campesinos. Al fin y al cabo, su discurso político, mucho más refinado y elaborado que el de Fatah, de corte nacionalista y populista, exigía un mayor esfuerzo comprensivo y, por tanto, un mayor nivel cultural, además de un talante más abierto o liberal para asumir los cambios sociales. De ahí que encontrara mayor receptividad entre los sectores más ilustrados de su sociedad (incluido importantes miembros de la minoría cristiana)<sup>24</sup>. Sin olvidar, por otra parte, que su propuesta de revolución social generaba ciertas reticencias en un entorno social muy conservador y aferrado a las tradiciones como salvaguarda y recreación de su propia identidad. No obstante, el FPLP gozó de una mayor simpatía que el FDLP, más minoritario. El FPLP fue considerado como un serio rival de Fatah, en algunas regiones, como la franja de Gaza, tuvo un amplio eco, fruto, entre otras razones, de su pasado como sección palestina del MNA, que contó con la benevolencia del Egipto nasserista durante la administración de dicha franja (1949-1967).

La traducción sobre el terreno de las diferencias políticas e ideológicas —e incluso de sus bases sociales— entre nacionalistas e izquierdistas deben ser contempladas desde la situación general y, al mismo tiempo, peculiar del movimiento de liberación nacional palestino. Esto es, desde las desiguales respuestas que dieron a sus desafíos. La ubicación de sus bases militares en los países limítrofes (Jordania, Siria y Líbano) a su tierra ocupada por Israel condicionó enormemente su margen de maniobra. Los intentos por instalar células político-militares en los territorios ocu-

<sup>24</sup> No deja de llamar la atención que ambos Frentes estaban dirigidos por dos personalidades de origen cristiano: el FPLP, por George Habash; y el FDLP, por Nayef Hawatmeh.

pados fueron muy tempranamente frustrados. Ni la orografía, ni la demografía ayudaban; tampoco la política de contrainsurgencia implantada por las fuerzas de ocupación israelíes desde el primer momento. Sus represalias y castigos colectivos sobre las poblaciones sospechosas de albergar o colaborar con los *fedayines* disuadieron los primeros intentos, voluntaristas, de implantar núcleos de resistencia armada en los territorios. Paralelamente, como toda potencia de ocupación a lo largo de la historia, Israel estableció una red de colaboradores entre la población ocupada dedicada a la delación, generando un clima de desconfianza social que tampoco invitaba a la cooperación con la guerrilla.

A su vez, este clima fue reforzado en los territorios por la existencia de una elite (social, política y económica), de viejos notables (caciques), de obediencia pro jordana, con intereses económicos (comercios, negocios, pequeña industria artesanal, transportes, propiedades urbanas y terrenos de explotación agrícola) y sociopolíticos (responsables de la administración civil jordana e intermediarios entre la potencia ocupante y la población ocupada) que les animaba a alcanzar algún *modus vivendi* con las fuerzas de ocupación y a esperar a que Jordania e Israel sellaran algún compromiso. Por razones diferentes a los israelíes, desde su óptica se veía con igual recelo la emergencia de un núcleo de resistencia armada y de una nueva elite, más joven, nacionalista y pro OLP.

A la adversidad del terreno y de su estructura social, la OLP sumaba la carencia de una porción liberada de su territorio en la que instalar sus bases y moverse libremente (situación, por lo demás, muy común a los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo). De ahí que se viera obligada a buscar un Hanoi en los países árabes limítrofes desde el que operar. A partir de esta peculiar situación de partida se fueron acumulando toda una serie de contradicciones que, a la larga, agotaron el repertorio de la estrategia liberacionista y armada desde el exterior. Una de sus principales contradicciones fue la debilidad militar de la OLP, sin capacidad por sí sola para derrotar al ejército israelí. Es más, pese a que su fortaleza se exageraba de uno y otro lado, la OLP jamás fue un desafío militarmente serio para Israel, sino una amenaza política. Por tanto, en su confrontación armada con el Estado israelí dependía de las alianzas externas con las capitales árabes que, a su vez, implicaron otra serie de antagonismos<sup>25</sup>. En primer lugar, de orden estratégico, mientras buena parte de los Estados árabes (Siria y Egipto, entre otros) centraban sus demandas en la recuperación de los territorios árabes y palestinos ocupados durante la guerra de

<sup>25</sup> Como señala Alain Gresh, *The PLO: The Struggle Within, towards and Independent Palestinian State*, Zed Books, London, 1985.

1967, la OLP mantenía el objetivo de la liberación total de Palestina. En segundo lugar, de orden táctico, los gobernantes árabes eran más propensos a la acomodación y la disuasión que a la confrontación, sobre todo tras sufrir la derrota militar en 1967, pero incluso antes existieron intentos de negociar con Israel que fueron frustrados por la línea dura israelí<sup>26</sup>. Por su parte, los dirigentes palestinos eran claramente partidarios de la lucha armada, consideraban que lo que se había perdido por las armas sólo se podía recuperar mediante el mismo procedimiento.

Una tercera discrepancia derivó de la presencia —política, militar y demográfica— palestina en los países árabes receptores y limítrofes, pues erosionaba la soberanía nacional de sus Estados (Jordania) y desestabilizaba su frágil equilibrio social (Líbano). La propia infraestructura política e institucional de la OLP daba lugar a una doble soberanía, en la que la central palestina funcionaba como un Estado dentro de otro. El despliegue militar de sus comandos retaba el uso exclusivo y legítimo de la violencia que se reservaba, por definición, el Estado; máxime cuando algunos grupos palestinos, como el FPLP, intervenían deliberadamente en los asuntos internos, aliándose con la oposición gubernamental, desafiando abiertamente a su gobierno o amenazando con derribar el trono jordano. Pero incluso aunque no se involucraran en los asuntos internos de los Estados receptores, opción defendida por Fatah más claramente en el Líbano, después de la amarga experiencia que supuso la guerra civil en Jordania (1970-1971), lo que no pudo evitar era formar parte de los desajustes estructurales del Estado libanés e incluso agravarlos. Su significativa presencia demográfica, con una población refugiada de confesión mayoritariamente musulmana *sunní*, alteraba el endeble mosaico étnico y confesional del país de los cedros.

No menos importante, por último, en agrandar el desencuentro entre la razón de Estado y la de la revolución fue la sistemática política de represalias israelíes, destinada a invertir los efectos buscados por la resistencia palestina. La lógica guerrillera se basaba en el binomio de acción (incursiones de los *fedayines*) y reacción (contraataques israelíes) con la esperanza, uno, de mantener candente la *cuestión palestina*; dos, evitar un entendimiento entre Israel y los Estados árabes (en particular, tras su descalabro militar en junio de 1967); y, tres, provocar un enfrentamiento interestatal árabe-israelí. La resistencia palestina entendía que los Estados árabes podían permitirse varias derrotas militares, pero Israel solo una. Semejante raciocinio no funcionó. La superioridad estratégica israelí di-

---

<sup>26</sup> Véase Avi Shlaim, *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*, Almed, Granada, 2003.

suadía una potencial respuesta militar árabe. Además, su política de represalias estaba diseñada para encarecer los costes de la presencia palestina en el Estado receptor: bombardeando sus infraestructuras e incluso población, violando su soberanía y mostrando su vulnerabilidad. Israel no hacía más que invertir la lógica guerrillera, en lugar de provocar una reacción antiisraelí logró una respuesta antipalestina. Obviamente, para los Estados árabes afectados, y molestos con la presencia palestina, era mucho más fácil hacer un chivo expiatorio del actor más débil que del más fuerte.

El resultado fue que, primero en Jordania (1970) y luego en el Líbano (1982), la resistencia palestina se quedó sin territorio limítrofe desde el que operar. En menos de dos décadas (1965-1982) la estrategia liberacionista y armada se había agotado. Su único espacio de actuación era el político y diplomático<sup>27</sup>. Sólo el estallido de la primera Intifada a finales de 1987 logró rescatar a la OLP de su travesía por el desierto durante buena parte de la década de los ochenta. Previamente había tenido lugar un intenso debate en las filas palestinas, entre nacionalistas e izquierdistas, fruto de sus reveses estratégicos, pero también de su creciente institucionalización y reconocimiento árabe e internacional.

Una de las principales polémicas giró en torno a la participación o no en la anunciada conferencia de Ginebra que, en definitiva, invitaba a adentrarse en una senda de negociaciones políticas y diplomáticas en detrimento de la lucha armada. No precisamente ajena a esta controversia siguió el debate, de mayor trascendencia estratégica, en torno al compromiso territorial o establecimiento de una autoridad palestina en cualquier porción del territorio liberado, eufemismo que aludía a la solución de los dos Estados. Desde el primer momento las posiciones se bipolarizaron en dos bloques, el del Frente del Rechazo, liderado por el FPLP, y el del realismo, liderado por Fatah<sup>28</sup>. Finalmente, fueron los acontecimientos (salida de Beirut de las fuerzas de la OLP) los que terminaron imponiéndose e inclinando la balanza en favor de las tesis defendidas por Fatah. La primera Intifada introdujo un nuevo giro, forzando la proclamación del Estado palestino en 1988, que había quedado pendiente cuatro décadas atrás; y reconociendo el derecho a la existencia del Estado israelí sin ningún tipo

<sup>27</sup> Véase Emile F. Sahliyah, *The PLO Alter the Lebanon War*, Westview Press, Boulder, 1986.

<sup>28</sup> Si bien la línea central de división seguía girando en torno al eje formado por Fatah y el FPLP, no menos cierto fue que se produjo un nuevo realineamiento, pues el FDLP y Saiqa secundaron las tesis realistas. De hecho, el FDLP fue uno de los movimientos innovadores en este giro estratégico de la OLP, no ajeno a las recomendaciones de la URSS para alcanzar un acuerdo de paz en la zona. A su vez, el FPLP-CG, el FLPP, y el FLA secundaron la línea opositora del FPLP.



de ambigüedad. Para entonces, en pleno auge de la Intifada, el principal rival de Fatah había dejado de ser la izquierda palestina, en particular, el FPLP. De hecho, el Mando Nacional Unificado de la Intifada estaba formado por nacionalistas (Fatah) e izquierdistas (FPLP, FDLP y PCP). En la nueva etapa su liderazgo mayoritario sería retado por los islamistas.

#### 4. La controversia política e ideológica entre nacionalistas e islamistas

El Movimiento de Resistencia Islámica, mejor conocido por su acrónimo árabe como Hamás, tiene su origen en la sociedad de los Hermanos Musulmanes. Fundada en Egipto por Hasan al-Banna en 1928, dicha hermandad tuvo una presencia muy temprana en Palestina, con el apoyo a su movimiento anticolonial desde Egipto, la participación directa de algunos de sus miembros en la sublevación palestina de 1936-1939, y la intervención de medio millar —aproximadamente— de sus voluntarios en la primera guerra árabe-israelí en 1948. Pero los Hermanos Musulmanes no lograron traducir esta ventaja en una verdadera proyección política, pese a que contaban con una posición avanzada respecto a las futuras organizaciones de la resistencia palestina (de hecho, algunos de los principales dirigentes de Fatah iniciaron su andadura política en sus filas); con una considerada presencia en los territorios palestinos, sobre todo en la franja de Gaza, más expuesta a la influencia egipcia por su proximidad y administración (1949-1967); y, por último, con unos apreciados recursos económicos derivados de la organización matriz y de algunos de los Estados de la región como Arabia Saudí y los del Golfo árabe-pérsico.

Sin embargo, en las décadas siguientes registraron un claro retroceso entre sus miembros y simpatizantes, fruto de su propio repliegue como de otros factores externos. Su agenda estaba más centrada en los aspectos sociales y religiosos (educación, costumbres, reislamización) que en los políticos y nacionales (reconstrucción del movimiento de liberación nacional del que quedaron descolgados). En otros términos, su carácter socio-religioso puso el acento en la identidad islámica antes que en la identidad nacional en una época de clara efervescencia nacionalista e izquierdista. Sus cuadros políticos también se vieron afectados por la tragedia colectiva (*Nakba*) y, en consecuencia, estuvieron igualmente inmersos en las estrategias —individuales y familiares— de supervivencia material (trabajo y emigración). A ello se sumó su inestable relación con los Estados árabes limítrofes: con Jordania sufrieron altibajos, pero por lo general fueron tolerados; y con el Egipto naserista fueron objeto de la represión y persecu-

ción ante el deterioro de su relación con la organización matriz en Egipto, hecho que se reflejó durante su administración de la franja de Gaza.

Los Hermanos Musulmanes no se recuperaron inmediatamente después de la ocupación israelí de los territorios palestinos en 1967; por el contrario, se mantuvieron en la misma línea de repliegue comunitario y debilidad, en contraste con la ebullición nacionalista del momento, con algunas tempranas expresiones colectivas de protesta e incluso de resistencia armada frente a la ocupación, y con la proliferación de los grupos guerrilleros. Su reorganización se produjo bien entrada la década de los setenta y sus miembros, tanto en Gaza como en Cisjordania, terminaron vinculándose a la sección jordana de la hermandad musulmana. Su dependencia del exterior fue percibida y criticada, sobre todo durante el periodo en el que Jordania contaba con la vieja elite de notables e intentaba cooptar a otros importantes sectores sociales (pequeña burguesía comercial y clases medias) frente a la emergencia del nuevo liderazgo nacionalista y pro OLP. Sólo tras la irrupción de la primera Intifada (1987-1993), los islamistas lograron retar el liderazgo del nacionalismo secular representado por la OLP. Hasta entonces la principal controversia —política e ideológica— interpalestina seguía girando en torno a la división entre nacionalistas e izquierdistas.

No obstante, a diferencia de lo que sucedía en la diáspora, donde el liderazgo del nacionalismo secular se había consolidado en la figura de la OLP, en los territorios este proceso se dilató ante la injerencia jordana empeñada en asumir la representatividad palestina. La rivalidad entre la vieja elite pro jordana y la joven elite nacionalista y pro OLP terminó saldándose a favor de esta última (como quedó expresado en las elecciones municipales celebradas en los territorios en 1972 y, más explícitamente, en 1976)<sup>29</sup>. Sin duda, la represión de la que fueron objeto los palestinos durante y después de los enfrentamientos civiles en Jordania (1970-1971) contribuyó a esos favorables resultados. Pero no menos importante fue el impacto socioeconómico, además de político, de la propia ocupación. Su dinámica de expropiación y descampesinización liberó una considerable mano de obra palestina que, a su vez, fue vendida o absorbida como «barata» por el mercado laboral israelí. De esta manera se cortaron los víncu-

---

<sup>29</sup> Aunque en 1972 los resultados fueron más equilibrados, dado que la OLP no apostó por la participación de su gente en las elecciones, desde entonces se advertían las tendencias confirmadas en los comicios de 1976, véase Shaul Mishal, *West Bank/East Bank: The Palestinians in Jordan, 1949-1967*, Yale University Press, New Haven, 1978; y Moshe Maoz, *Palestinian Leadership on the West Bank: The Changing Role of the Mayors under Jordan and Israel*, Frank Cass, London, 1984.

los de dependencia socioeconómica y, por consiguiente, de obediencia política que mantenía la relación clientelar entre la vieja elite de grandes hacendados y el grueso de los campesinos asalariados<sup>30</sup>.

Otra importante peculiaridad que presentó la sociedad palestina bajo ocupación fue que entre las filas de la izquierda primaron las siglas del Partido Comunista Palestino (PCP). Su novedad respecto a la oposición de izquierda predominante en el exterior, el FPLP y el FDLP, de perfil político y militar, e integrada en la OLP, es que no participaba de semejantes características: el PCP no formaba parte de la OLP ni era partidario de la lucha armada. No obstante, su rivalidad con la central palestina se realizaba desde un marco de lealtad nacionalista y progresista; esto es, no se tradujo en un sentimiento contrario a la OLP (de hecho, en 1973, abogó por el reconocimiento de la OLP como único representante del pueblo palestino). Sus diferencias eran fruto de sus propias circunstancias de emergencia históricas y de un planteamiento estratégico claramente diferenciado de los grupos guerrilleros con base en la diáspora. Originado a principios del siglo xx, el PCP reunía en su seno a miembros de la comunidad árabe y judía en Palestina. Pero su carácter internacionalista no logró conciliar dos demandas nacionalistas tan dispares. Desde entonces su itinerario estuvo plagado de divisiones, refundaciones y absorciones (en este caso, por el Partido Comunista Jordano) hasta que a mediados de los setenta adquirió una clara autonomía y finalmente se refundó en 1982<sup>31</sup>.

Su rivalidad con los nacionalistas de Fatah derivó de una visión más centrada en la formación de un movimiento sociopolítico amplio y sólido, que hiciera frente a la ocupación israelí antes que adentrarse en la lucha armada. Opción que, por otra parte, no descartaba a largo plazo, pero que consideraba todavía prematura y aventurada. Por su parte, Fatah reprochaba a los comunistas que poseían una doble lealtad, palestina e internacional, al mismo tiempo que veía con recelos la formación de un movimiento sociopolítico fuerte en los territorios que amenazara su liderazgo. Pero a medida que su objetivo estratégico se fue deslizado desde la opción maximalista (liberación de toda Palestina) a la minimalista (solución de los dos Estados), Fatah acentuó su presencia y participación en los territorios. Su objetivo era ampliar su base social de apoyo cara a un escenario futuro. En definitiva, se trataba de dos ópticas opuestas, una, la de Fatah,

---

<sup>30</sup> Mark Heller, «Politics and Social Change in the West Bank since 1967», Joel S. Migdal (ed.), *Palestinian Society and Politics*, Princeton University Press, Princeton, 1980, pp. 185-211.

<sup>31</sup> Emile Sahliyah, *In Search of Leadership: West Bank Politics since 1967*, The Brookings Institution, Washington D.C., 1988, pp. 87-114.

más deudora de los movimientos de liberación nacional, que acentuaba la lucha armada como fuente de legitimidad política y de reconocimiento como actor en el espacio local, regional e internacional; y, otra, la del PCP, más comprometida con la movilización política de amplios sectores de su sociedad, en particular, con los sindicatos de trabajadores y los movimientos sociales (estudiantes, mujeres, refugiados).

El vacío dejado por el declive de la vieja elite de notables pro jordanos fue rápidamente colmado por la emergencia de esta nueva elite, de corte nacionalista e izquierdista, y decididamente partidaria de la OLP. Esta tendencia se vio reforzada desde el exterior por el reconocimiento árabe e internacional de la OLP, en 1974, como «el único y legítimo representante del pueblo palestino»; y, también, por los recursos económicos que, procedentes de los países árabes, la OLP invertía en sus redes sociopolíticas en los territorios y en su estrategia de resistencia o firmeza (*Sumud*). Los marcos organizativos, de carácter amplio y vocación unitaria, que reemplazaron las voces de las viejas elites por las nuevas fueron el Frente Nacional Palestino (FNP), en 1973, y el Comité de Orientación Nacional (CON), en 1978. Su firme resistencia a la ocupación militar israelí se expresó en numerosas acciones de protesta y, no menos, en las represalias de las que fueron objeto (represión sistemática e ilegalización, además de la deportación y destitución de los alcaldes electos). Si bien el desgaste del FNP se debió también a sus rivalidades políticas e ideológicas, el CON superó esta faceta con un abanico ideológico mucho más amplio, que reunía a prácticamente todos los sectores sociales y sensibilidades políticas, desde moderados a radicales, bajo el denominador común de su oposición a los acuerdos de Camp David (1978) y a la política de ocupación.

En esta nueva tesitura, con un considerable bagaje político y un sólido tejido asociativo, los palestinos de los territorios fueron ganando un creciente protagonismo en el conjunto de su movimiento nacional de liberación, fruto de sus esfuerzos organizativos y movilizaciones colectivas. Su tradicional dependencia política del exterior fue acortándose a medida que reafirmaban su autoestima frente a la ocupación. Es más, el proyecto israelí de decapitación de la OLP en el exterior tenía, entre otros objetivos, acabar con la creciente estrategia de firmeza (*Sumud*) mostrada por la sociedad palestina bajo su ocupación<sup>32</sup>. En efecto, la invasión israelí en el Líbano condujo a la salida de la OLP de su suelo en 1982, pero también,

<sup>32</sup> Esta tesis ha sido sostenida, entre otros, por Noam Chomsky, *Fateful triangle: The United States, Israel, and the Palestinians*, South End Press, Cambridge, MA., 1999 (2.ª edición). Existe una versión abreviada en castellano, que ha suprimido los capítulos referi-

paradójicamente, a que los palestinos de los territorios se sintieran más solos que nunca y, a medio plazo, decidieran tomar las riendas de su propio destino. El estallido de la primera Intifada en 1987 respondió a este sentimiento de aislamiento y abandono ante la debacle sufrida por la OLP en el exterior, además de la indiferencia árabe e internacional.

Obviamente, las causas profundas de la Intifada remitían a las dos décadas de ocupación, con su sistemática política de agravios, humillación y opresión, que minaba la base material y política de la existencia e identidad palestina. Unido también a toda una serie de acontecimientos que precipitaron o actuaron como catalizadores de este nuevo ciclo de protesta, que combinó acciones de resistencia y desobediencia civil con gran repercusión mediática en el espacio internacional<sup>33</sup>. Entre sus efectos más inmediatos cabe destacar, sin pretensión exhaustiva, el desplazamiento del epicentro de la acción colectiva palestina desde el exterior al interior de los territorios ocupados; el reemplazo de la estrategia liberacionista (centrada en la liberación de toda Palestina mediante la lucha armada) por la del compromiso territorial (articulado en torno a la solución de los dos Estados mediante la vía política y diplomática); la desvinculación administrativa de Jordania con Cisjordania; y, por último, la emergencia del movimiento de resistencia islámica, Hamás.

Pese a las discrepancias entre nacionalistas e izquierdistas durante el periodo reseñado, también existieron numerosos puentes de entendimiento y cooperación. Uno de sus máximos ejemplos fue la inmediata creación del Mando Nacional Unificado de la Intifada (MNU), que agrupó a los nacionalistas de Fatah y a los izquierdistas del FPLP, FDLP y PCP. Fuera de esta plataforma quedaron los islamistas, en particular, los Hermanos Musulmanes y, por extensión, su nueva organización, Hamás. Una mayor cooperación presentó la Yihad Islámica (YI), el otro grupo que, junto con el Partido de Liberación Islámico (PLI), completaba el cuadro de los islamistas en los territorios<sup>34</sup>.

Desde el primer momento de su creación, Hamás rivalizó el liderazgo del nacionalismo secular representado por la OLP y, en particular, por su grupo mayoritario, Fatah. Pese a que ideológicamente estaba más distanciado de los izquierdistas que de los nacionalistas, Hamás percibía en Fa-

---

dos a la invasión israelí en el Líbano [*El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina*, Editorial Popular, Madrid, 2002].

<sup>33</sup> Véase Ze'ev Schiff y Ehud Ya'ari, *Intifada: The Palestinian Uprising-Israel's Third Front*, Simon & Schuster, New York, 1991; y Rex Brynen (ed.), *Echoes of the Intifada: Regional Repercussions of the Palestinian Israeli Conflict*, Westview Press, Boulder, 1991.

<sup>34</sup> Véase Ziad Abu-Amr, *Islamic Fundamentalism in the West Bank and Gaza: Muslim Brotherhood and Islamic Jihad*, Indiana University Press, Bloomington, 1994.

tah su rival principal. Las razones de esta competencia tenían que ver precisamente con esa mayor cercanía: el paso por la hermandad de algunos de sus principales e históricos dirigentes; su nacionalismo populista sin mayores aditivos ideológicos que daba lugar a un amplio abanico de tendencias (entre ellas, las de sensibilidad islamista); y, por último, pero no menos importante, su vocación claramente mayoritaria, centrista e interclasista, que le brindaba una amplia base social de apoyo. A diferencia de las formaciones de izquierda, con una visión de la sociedad en clases, con una acción política concentrada en unos determinados sectores sociales, y con una proyección sociopolítica minoritaria, Hamás participaba de la vocación mayoritaria de Fatah y anhelaba compartir e incluso ganarse su extenso respaldo social.

Hasta entonces los Hermanos Musulmanes en Palestina gozaban de un crédito relativamente discreto, pero en los últimos años, haciéndose eco de la emergencia islamista que recorría —y aún recorre— el mundo árabe e islámico, registraron una notable mejoría entre sus filas de militantes y simpatizantes. La emergencia de Hamás a inicios de la primera Intifada respondió a esta innegable influencia externa, pero también a los cambios registrados en el propio movimiento islamista: relevo generacional y, sobre todo, adopción de una agenda nacionalista comprometida con la resistencia a la ocupación militar. Hamás fue en su origen una tentativa de los Hermanos Musulmanes de apostar sobre el terreno político por una opción que no quemara las naves de la hermandad en caso de sufrir un serio revés, pero en caso contrario sumaría su capital sociopolítico. En definitiva, Hamás era fruto de la actualización del repertorio estratégico del islamismo palestino en un contexto de opresión nacional que, a su vez, incorporaba a sus señas de identidad islamistas las nacionalistas.

El comportamiento de Hamás durante la primera Intifada desvelaba su apuesta por rivalizar la mayoría social de la que gozaba el nacionalismo secular. De hecho, Hamás no se integró en el MNU ni siguió sus directrices políticas<sup>35</sup>, sino que mantuvo su propia dirección y pautas de movilización (comunicados, huelgas, manifestaciones y otras convocatorias) diferenciadas del MNU. En esta competencia, y a medida que la Intifada se prolongaba, Hamás se fue radicalizando con el recurso más frecuente de las armas. Este comportamiento es muy propio de los movimientos involucrados en los ciclos de protesta. Una vez que las movilizaciones han dejado atrás su inicial intensidad, decayendo desde la cima hasta su crecien-

<sup>35</sup> Expresadas mediante sus periódicos comunicados, una compilación de éstos es castellano pueden verse en Comité de Solidaridad con la Causa Árabe (ed.), *Intifada: La voz del levantamiento palestino*, Navarra, Txalaparta, 1991.

te ralentización, el movimiento de protesta suele bifurcarse (entre moderados y radicales) e incluso da lugar a que algunos de sus grupos implicados se radicalicen con objeto de prolongar las movilizaciones y ampliar su base social<sup>36</sup>. La creciente tensión entre Hamás y Fatah, no exenta de choques violentos entre sus milicianos, respondía a esta división y rivalidad.

La Intifada fue perdiendo gradualmente su fuerza, fruto de la dura represión de la que fue objeto, con numerosas muertes y heridos, con el continuo apresamiento y deportación de sus principales cuadros, y con el cerco impuesto a sus aldeas, ciudades, campos de refugiados y, en suma, al conjunto de los territorios, aislándolos aún más del exterior. Sin olvidar, por último, el propio agotamiento de los insurgentes y de sus recursos materiales, situación agravada por el desánimo que suscitaba las crecientes divisiones y luchas internas. Desde el exterior, uno de los elementos más desmovilizadores fue la invasión iraquí de Kuwait en el verano de 1990, pues desplazó la atención mundial desde los territorios hacia el Golfo árabe-pérsico. Una vez más, la *cuestión palestina* quedaba pospuesta, desplazada o subordinada en la agenda mundial ante la emergencia de una nueva controversia regional, al igual que sucedió durante buena parte de la guerra irano-iraquí (1980-1988).

En este nuevo contexto, la condena y el aislamiento internacional de Israel fueron distendiéndose, gracias también al blindaje que suponía el repetido uso del veto estadounidense en el Consejo de Seguridad de la ONU, impidiendo cualquier asomo de intervención internacional, incluso meramente humanitaria. Por lo que no fue extraño que los palestinos consideraran que las cámaras mundiales de la televisión eran sus mejores aliados ante la pasividad de la denominada comunidad internacional. Paradójicamente, la rápida movilización de esa misma comunidad internacional ante la violación de la soberanía kuwaití puso de manifiesto la pautas de un doble rasero en la región, que se reiteraría durante los años siguientes.

La ambigüedad mantenida por la OLP durante el conflicto, en el que no cabían más posiciones que estar en un bando o en el contrario, se cobró un alto precio. En el espacio político regional e internacional sufrió un duro aislamiento; y en el apartado económico fue presa de una asfixiante sequía. Los Estados árabes del Golfo suspendieron sus recaudaciones y donaciones a la central palestina en un momento muy crítico. A su grave desgaste político, en el que el capital acumulado por la Intifada durante los tres últimos años había sido derrochado en la reciente crisis del Golfo,

---

<sup>36</sup> Véase Sidney Tarrow, *Struggle, politics and reform: collective action, social movements and cycles of protest*, Cornell University, Ithaca, 1989.

sumó su bancarrota. La OLP no podía hacer frente a sus ingentes gastos que, por mencionar los más significativos, suponía el mantenimiento de su voluminoso aparato político y burocrático, las comunidades de refugiados en los campos de la diáspora, las familias de los mártires y detenidos, los cesantes de la administración jordana en Cisjordania y, en suma, todo el conjunto de inversiones que implicaba sostener las movilizaciones durante la Intifada.

Pese a que Hamás adoptó una posición mucha más comprometida que la propia OLP en el mencionado conflicto, contraria a la intervención militar extranjera y al establecimiento de dichas tropas en tierra del islam, lo cierto fue que no sufrió las mismas represalias. Por el contrario, hasta cierto punto, salió favorecido. Los Estados árabes donantes castigaron a la OLP retirando su asistencia económica y dotando de fondos a Hamás, su principal rival en los territorios. No era la primera vez que los Hermanos Musulmanes se veían favorecidos por los actores externos. Su ascenso servía a los objetivos de Jordania, empeñada en renovar su influencia en los territorios después del declive de la vieja elite; y de Israel, obstinado en contrarrestar el nacionalismo secular de la OLP, que contaba con un mayor eco, credibilidad y reconocimiento internacional; además de propiciar la división en la sociedad ocupada para facilitar su dominación. Ahora bien, los intentos israelíes de manipular la rivalidad entre los diferentes grupos palestinos no significaba que éstos «cooperaran conscientes o deliberadamente con las autoridades de ocupación para socavarse unos a otros»<sup>37</sup>.

En esta nueva tesitura, de aislamiento político regional e internacional, de quiebra económica, y de desafío islamista a su preponderancia política e ideológica en los territorios, la OLP se adentró en un dilatado proceso negociador con la asistencia a la Conferencia de Paz en Madrid, embutida en una delegación conjunta jordano-palestina, en octubre de 1991; y, dos años después, con negociaciones directas con el gobierno israelí mediante la apertura de un canal secreto y paralelo, que dio lugar a los denominados Acuerdos de Oslo en 1993. Estas negociaciones distaban mucho de la históricamente reivindicada por la OLP, bajos los auspicios de la ONU, con la presencia de los cinco miembros permanentes de su Consejo de Seguridad (que garantizara el contrapeso de la URSS y China frente a Estados Unidos, principalmente).

En definitiva, la OLP de la posguerra fría no era ni tan siquiera la sombra de lo que fue. De hecho, el proceso negociador se caracterizó por

<sup>37</sup> Ziad Abu-Amr, *op. cit.*, p. 36.



la asimetría entre ambos actores, que partían de posiciones de fuerzas muy desniveladas; por la ausencia de un principio rector, que fijara claramente el objetivo al que tenían que conducir las negociaciones y evitara el forcejeo entre fuerzas dispares o asimétricas; por la fórmula diplomática de la «ambigüedad constructiva», que dejaba un margen de interpretación a las partes tan diferente como opuesto sobre los mencionados acuerdos; por la mediación de Estados Unidos, de carácter parcial, sin ningún tipo de contrapeso ni margen de intervención internacional, además de reemplazar el papel destinado a la ONU; y, en definitiva, por toda una serie de continuas tensiones y crisis, que acabaron con la confianza construida arduamente entre las partes. Aunque el fracaso del proceso de Oslo suele fijarse en las frustradas negociaciones mantenidas en Camp David en julio de 2000<sup>38</sup>, en realidad las semillas de su colapso se encuentran en la combinación, muchas veces explosiva, de este elenco de factores.

La irrupción de la segunda Intifada en septiembre de 2000, tras la que prometía ser la ronda final de las negociaciones en Camp David, respondió a la frustración de las expectativas depositadas por la sociedad palestina en el proceso de paz a lo largo de la década de los noventa. Justo al contrario de lo esperado, dicho proceso no supuso una mejora en las condiciones materiales y políticas de vida de la población ocupada, paradójicamente registraron un considerable empeoramiento. La expansión de los asentamientos israelíes se incrementó, también la consiguiente fragmentación del territorio palestino. El desempleo adquirió un volumen galopante (en torno al 60% en Gaza), fruto de los continuos cierres de los territorios y las crecientes restricciones a sus trabajadores de acceso al mercado laboral israelí, al mismo tiempo que la carestía de la vida se disparaba. La inseguridad y vulnerabilidad no desaparecieron de sus vidas, seguían siendo rehenes de la ocupación militar, la más prolongada de la historia contemporánea, y a la que no lograban advertir su fin.

A diferencia de la primera Intifada, la segunda, conocida también como Intifada *al-Aqsa*, presentó una clara tendencia a recurrir a la violencia. Frente al amplio movimiento de resistencia y desobediencia civil de la primera, esta segunda registró una fuerte militarización. De hecho, las milicias tuvieron un mayor protagonismo que la sociedad civil, más

<sup>38</sup> Tal como se desprende de los sondeos de opinión realizados periódicamente por el Palestinian Center for Policy and Survey Research, véase su página web ([www.pcpsr.org](http://www.pcpsr.org)); y los trabajos de Avi Shlaim, «The Rise and Fall of the Oslo Peace Process», en Louise Fawcett (ed.), *The International Relations of the Middle East*, Oxford University Press, Oxford, 2005, pp. 241-261; e Ignacio Álvarez-Ossorio y Ferrán Izquierdo, *¿Por qué ha fracasado el proceso de paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí*, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2005.

replegada ante los costes excesivos de la violencia. La radicalización de los contendientes fue la tónica dominante. Ésta era la dinámica de Hamás desde el primer levantamiento, pero que terminó secundando un núcleo importante de Fatah con la creación de las Brigadas de los Mártires de al-Aqsa y las acciones del terrorismo suicida en Israel.

Si bien cabe contextualizar esta creciente radicalización en el marco de la ocupación militar, con objeto de explicar (que no justificar) cómo la violencia del colonizado es proporcional a la brutalidad del colonizador, no menos cierto es que la misma tiene su explicación en claves internas. De un lado, de rivalidad con Hamás, que desafiaba su primacía. Debilitada, a su vez, por el creciente desgaste de Fatah ante el proceso de Oslo, asimétrico y tambaleante; y por su gestión al frente de la ANP, objeto de numerosas críticas y descontento. De otro lado, de rivalidad entre las propias elites políticas de Fatah. La joven guardia, procedente de los territorios, protagonista de la primera Intifada, descontenta por la ausencia de reconocimiento político e institucional, y recelosa de la generación anterior. Esto es, de la vieja guardia, procedente del exterior, con un amplio periplo de lucha y experiencia en la diáspora (desde Jordania, Líbano y Túnez), que controlaba todos los resortes de poder en la OLP, la ANP y, más importante aún, en Fatah. No era sólo un problema de relevo generacional, sino también de lucha por la sucesión en el poder<sup>39</sup>.

En medio de este panorama se sumó el cambio en la coyuntura internacional tras los atentados del 11-S. La agenda mundial fue alterada, situándose la seguridad como máxima prioridad. La respuesta estadounidense al terrorismo de *al Qaeda* tuvo un carácter fuertemente militarista con su primera intervención en Afganistán y crecientes amenazas sobre Iraq, que finalmente se materializaron con su invasión en marzo de 2003. Esta cobertura política e ideológica de la neoconservadora administración estadounidense fue aprovechada por algunos de sus aliados regionales para contener o tratar de eliminar a su oposición interna. Rápidamente Sharón entendió el momento, identificó la ola de atentados en Israel con la sufrida por Estados Unidos, calificó a Arafat como su particular Osama Bin Laden y reocupó los territorios de la semiautonomía palestina. Su objetivo era decapitar la ANP, destruyendo su infraestructura y cercando a su presidente, sobre el que vertió amenazas de muerte.

---

<sup>39</sup> Ésta es una de la tesis más convincentes que explicaría la emergencia de la segunda Intifada frente a las otras dos hipótesis más extendidas: una, la israelí, que acusó a la ANP de alentar e instrumentalizar dicha sublevación; y, otra, la defendida por la ANP, que reiteraba su carácter espontáneo. Véase Khalil Shikaki, «Palestinians Divided: Old Guard, Young Guard», *Foreign Affairs*, vol. 1, núm. 81, January-February, 2002, pp. 89-105.

La personalización en la figura de Arafat del fracaso de las negociaciones sostenidas en Camp David había sido orquestada previamente por el aparato de propaganda exterior israelí. Posición que encontró la connivencia entre algunos altos responsables estadounidenses, incluso la de su presidente saliente, Bill Clinton. La nueva administración presidida por Bush tomó, en principio, cierta distancia del conflicto ante el fracaso mediador de la anterior, pero los acontecimientos del 11-S volvieron nuevamente su mirada hacia Oriente Medio. Sólo que esta vez su equipo de gobierno era abiertamente partidario de las tesis no sólo pro israelíes, sino de las del propio partido gobernante en Israel, el ultraderechista Likud. De ahí que secundara su descalificación de Arafat como interlocutor palestino «válido» para continuar las negociaciones. Las exigencias de Estados Unidos se hicieron saber mediante la denominada Hoja de Ruta, recogida en el esperado discurso del presidente Bush sobre el conflicto, junio de 2002, y concretadas en tres fases: cese de la violencia y reforma de la ANP, transición hacia una entidad estatal palestina provisional y negociación del estatuto permanente que ponga fin al conflicto.

El conflicto se adentró en un callejón sin salida. Las reformas en la casa palestina resultaron insuficientes para israelíes y estadounidenses y, por motivos bien diferentes, para los propios palestinos. Arafat se había convertido en el pretexto de la inmovilidad. De ahí que tras su muerte, noviembre de 2004, Israel y Estados Unidos realizaran nuevos gestos, pero sin trascendencia alguna. En enero de 2005 Mahmud Abbas (Abu Mazen) fue elegido nuevo presidente de la ANP, semanas después logró que las milicias palestinas declararan un alto el fuego, y convocó elecciones municipales y legislativas. No obstante, las negociaciones siguieron paralizadas. Sólo el actor más fuerte, Israel, tenía capacidad de maniobra para imponer unilateralmente su política: construcción del muro y desvinculación de la franja de Gaza. Incluso su salida de Gaza se hizo sin coordinación alguna con la ANP, reforzando la interpretación sostenida por Hamás, de que su resistencia armada había forzado dicha salida al igual que ocurriera con su émulo en el sur del Líbano, Hezbolá.

### **A modo de conclusión**

El fracaso del proceso de Oslo, la división interna en Fatah, la parálisis de la ANP y la radicalización violenta de la segunda Intifada, además de una coyuntura internacional favorable a las tesis israelíes de seguridad, no hicieron más que favorecer la estrategia de Hamás. Desde que en 1994 se estableció la ANP en los territorios ocupados, Hamás ha buscado ero-

sionar su legitimidad; sabotear el proceso de paz, impidiendo un acuerdo con Israel; y situarse como la primera fuerza política<sup>40</sup>. En realidad, por paradójico que parezca, dicha estrategia no ha sido muy diferente de la aplicada dos décadas atrás por la propia OLP para erosionar el liderazgo de la vieja elite pro jordana, impedir que llegara a un arreglo con Israel (vía Jordania), y transformarse en la primera fuerza política en los mencionados territorios.

Desde su emergencia como grupo mayoritario en el conjunto del movimiento nacional palestino, Fatah no había registrado un desafío tan serio a su primacía política e ideológica como el lanzado por Hamás. Durante las décadas de los sesenta a los ochenta, conocida como la etapa liberacionista, con el trasfondo internacional de la Guerra Fría y el epicentro de su acción insurgente en la diáspora (en Jordania y el Líbano, principalmente), la hegemonía de Fatah fue rivalizada por las organizaciones de izquierda, de obediencia marxista. Sin embargo, durante las décadas siguientes, denominada como la fase del compromiso territorial, en el nuevo contexto mundial de la posguerra fría y con el centro de gravitación de su acción colectiva en los territorios ocupados, la hegemonía de Fatah sería combatida por los islamistas.

La pregunta, por tanto, es ¿qué ha sucedido para que la oposición islamista se haya mostrado más eficaz que la izquierda de obediencia marxista en arrebatar el liderazgo al nacionalismo secular representado por Fatah? O bien, formulada a la inversa, ¿qué explica la mayor vulnerabilidad de Fatah frente al islamismo que al marxismo? La respuesta tiene una doble acepción, una de carácter general, que comprende la nueva tendencia política e ideológica predominante en el mundo árabe e islámico en el que, a su vez, se ubica la sociedad palestina; y otra particular, referida a las especificidades registradas por la situación palestina en el espacio local, regional e internacional.

En su recepción del pensamiento político contemporáneo a finales del siglo XIX, el mundo árabe presentó tres grandes tendencias: la de sensibilidad religiosa o islamista, la liberal y la socialista<sup>41</sup>. Las tres corrientes compartían con semejante intensidad los sentimientos nacionalistas, fruto de su relación de subordinación con las potencias occidentales dominan-

<sup>40</sup> Shaul Mishal & Abraham Sela, *The Palestinian Hamas: Vision, Violence, and Co-existence*, Columbia University Press, New York, 2000, pp. 50-82; y Khaled Hroub, «Hamás y la Intifada: la supervivencia gracias a la agudización de la crisis», en Ignacio Álvarez-Ossorio (ed.), *Informe sobre el conflicto de palestina. De los acuerdos de Oslo a la hoja de ruta*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Madrid, 2003, pp.131-149.

<sup>41</sup> Halim Barakat, *The Arab World: Society, Culture, and State*, University of California Press, Berkely, 1993, pp. 242-251.

tes y de su lucha por la liberación del yugo colonial durante el periodo de entreguerras. Durante la fase siguiente, la poscolonial, el nacionalismo siguió gozando de una considerable fortaleza. Al igual que sucedió en otras partes del Tercer Mundo, su acceso a la independencia había sido más *de jure* que *de facto*. Por tanto, su agenda nacionalista seguía estando plenamente vigente. A sus necesidades de cohesión interna, sumaba el ideario tercermundista de descolonización y no alineamiento, que en la región árabe reflejó la política panarabista y neutralista (o de contrapeso entre ambas superpotencias) de Naser. Junto al nacionalismo secular, las otras ideologías políticas contemporáneas que se desarrollaron durante el periodo de la Guerra Fría fueron el liberalismo (iliberal) y el socialismo (autoritario). Sin embargo, el predominio ideológico del nacionalismo, ya fuera acompañado de su vertiente liberal o socialista, se fue erosionando en la misma medida en que ejercía su poder autoritariamente y aplazaba las grandes promesas de rápida transformación socioeconómica y democratización. En consecuencia, los nuevos líderes se enfrentaron a una creciente crisis de legitimidad<sup>42</sup>, reforzada en unos casos y atenuadas en otros por las alianzas en el sistema internacional, de fuerte presencia en Oriente Medio.

Pese a su temprana emergencia teórica y práctica, en paralelo a la recepción del nacionalismo y las ideologías políticas contemporáneas, el islamismo ha registrado una efervescencia más tardía que el nacionalismo y las ideologías políticas seculares. De hecho, su actual atractivo responde al fracaso de éstas en la conducción poscolonial de los Estados y sociedades árabes; y a la denominada crisis de las ideologías, reforzada por su carácter transnacional. En comparación con las otras ideologías en competición, el islamismo presenta una serie de fortalezas en un contexto de gran incertidumbre: su carácter autóctono, su escaso desgaste, su capacidad de entusiasmo, su orientación moral y confortación psicológica. El islamismo se ha articulado como una ideología y movimiento de oposición, dado el cierre del sistema político árabe. No obstante, allí donde éste registra cierta apertura los islamistas suelen obtener muy buenos resultados en la participación electoral (como muestra recientemente los casos de Egipto y Palestina).

A su vez, esta tendencia política e ideológica en el mundo árabe ha terminado reflejándose también en la sociedad palestina, de fuertes y arraigados sentimientos nacionalistas, dada su tragedia colectiva, y en donde las proclamas islamistas han encontrado igualmente un importante eco social durante las dos últimas décadas. No obstante, la actual con-

<sup>42</sup> Como destaca Gema Martín Muñoz, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona, 1999.

troveria política interpalestina no gira tanto entre una agenda nacionalista y otra islamista como entre las diferentes opciones existentes dentro del amplio campo nacionalista. Esto es, de acomodación o de resistencia a la prolongada ocupación militar israelí de su territorio. Definido de manera flexible, el campo nacionalista incluye también a los islamistas o, dicho en otros términos, tanto a los islamistas de sensibilidad nacionalista como, a la inversa, a los nacionalistas de sensibilidad islamista. Esto no niega que en temas puntuales, sobre todo internos o societarios, pueda primar la agenda islamista sobre la nacionalista. Pero frente a la situación común, de ocupación militar israelí, seguirá predominando el nacionalismo sobre el islamismo. Por tanto, todo parece indicar que mientras persista dicha ocupación la agenda nacionalista palestina ocupará la prioridad, otra cosa bien diferente es cómo se articule social y políticamente. Aquí es dónde surgen las diferencias más sustanciales, pero no sólo entre Fatah y Hamás por su divisoria política e ideológica, nacionalista o islamista, sino también entre Fatah y la izquierda tradicional en la OLP, y en el propio seno de Fatah entre la joven y la vieja guardia.

Es en este contexto en el que se encuentra las claves interpretativas de la mayor fortaleza de Hamás para arrebatarle la tradicional primacía política e ideológica a Fatah. Primero, en el ámbito político e ideológico, Hamás ha ido asumiendo gradualmente un discurso más nacionalista que islamista, con una clara vocación mayoritaria, interclasista e igualmente populista; y segundo, en el espacio social, Hamás ha rivalizado por ganarse la misma base de apoyo social de Fatah en un momento de claro desgaste político por su mal gobierno al frente de la ANP y por sus infructuosas negociaciones con Israel. Sin olvidar, por último, las advertencias de que el fracaso del proceso de paz otorgaría el triunfo de Hamás<sup>43</sup>. De ahí que el resultado electoral no pueda interpretarse como un triunfo del islamismo sobre el nacionalismo, sino como un voto de castigo a Fatah<sup>44</sup>. En cualquier caso, con Fatah o Hamás en el poder, cualquier pretexto ha sido válido para que los sucesivos gobiernos israelíes justificaran su inmovilidad en las negociaciones. Sin embargo, es de temer que su causa principal sea la falta de voluntad política para concluir la ocupación militar del territorio palestino.

---

<sup>43</sup> Como señalaba premonitoriamente el director del Palestinian Center for Policy and Survey Research, Khalil Shikaki, «Peace Now or Hamas Later», *Foreign Affairs*, vol. 77, núm. 4, July/August, 1988, pp. 29-43.

<sup>44</sup> Para un análisis de las elecciones legislativas palestinas, véase Hussein Agha y Robert Malley, «Hamas: The Perils of Power», *New York Review of Books*, vol. 53, núm. 4, 9 de marzo de 2006.